

Textos inéditos

**Jaime Saenz
René Bascopé
Fernando Medina**

Jaime Saenz

1921-1986



La imagen y la figura de Jaime Saenz va sedimentando entre nosotros, quiérase o no se quiera, dejando una silueta que habita en lo oscuro y en lo profundo. Claramente se trata de aquello que quiere dejarse ver, pues el muy esquivo siempre supo ausentarse, gracias a su eterna manía de hacerse al muerto. Por eso, para tenerlo cerca, para hacerlo palidecer, “tirititar” una vez más, de algún lado, de cuando hacía la revista *Cornamusa*, de cuando soñaba “con juguetes y abecedarios”, de cuando le decía a la indiecita “entrégate a mí sobre la montaña”, con gesto distraído hemos hecho aparecer estos poemas.

Los grandes temas saenzeanos, serpentean tremolando en ellos. Las paradojas ausentes, inventoras de piruetas, y ensueños. El afán cosmológico, el tiempo y sus máquinas... Dígas lo que dígas ahí está él entero, señalando, en las alturas, hacia las caricias del frío y la tiniebla, la muerte. Pero con eso no basta, hay además, como en toda su

obra, hermosos poemas de amor y poemas de muy buen humor. Es gracias a esta solemnidad matizada que esa grave sombra, que ya era de espanto, se recompone cobrando todo el esplendor vital de lo que no puede morir así nomás porque se ríe de su acabamiento, al mismo tiempo que lo ama.

Y esa es nuestra alegría, quitonear estos poemas al Olvido. De este modo, lo que sedimenta es también lo que entrega su latido.

M. S. B.

Once poemas de 1944

I

Para H. S. L.

¡Cómo resuenan mis pasos en la madera!

Como la pena cuando regala su eco
a los llantos de todos los ojos.

¡Cómo contemplo las líneas de las maderas,
cómo me abandono,
cómo miro las cosas,
cómo me adhiero a la idea de que se multiplique
la máquina de mi reloj blanco!

Y la masa de mi cuerpo se cae
sobre la cama.
Me duermo, y en mis sueños de niño,
—con juguetes y abecedarios—
ya no puedo sentir
cómo resuenan mis pasos en la madera.

Solo, yo sólo,
me duermo.

Pero tengo miedo.
—Porque las cuencas cadavéricas de mis cuatro ventanas
me acarician toda la noche
cada noche.

II

Para H. S. L.

La noche oscura.

La noche fría.

La noche, con solamente un foco apoyado en un poste.

Y aparece un gato
Que con su canto que se parece a la misma
noche,
me hace levantar del asiento,
abrir la ventana,
contemplar la oscuridad,
y creer que alguien se va a morir.

La Noche,
el Gato,
la Muerte.

Y yo, cerca de la ventana.
Adivino mi sombra
que no se vé.
Porque se revuelca en la oscuridad.

III

Los dos hemos nacido en Invierno.
El frío y la nieve están clavados en nuestros
corazones.
Porque hace años, muchos años,
la Tristeza misma ha venido
trayéndolas en dedos largos, hechos de atardeceres.
Y nos ha hablado.
Nos ha dicho que guardemos a la nieve y al frío
en las pupilas espaciosas de nuestros ojos.
Acariciándolas suavemente con gotas transparentes.

Por eso:
nosotros dos, que somos de nieve y frío,
porque hemos nacido en Invierno,
miremos siempre hacia arriba. Al cielo.

Se alegrarán nuestras almas
cuando aparezca algún sol blanco.
Que no sea para todos.
Sino solamente para nosotros dos.

Y nuestros ojos sentirán más tristeza.
Cada noche, en cada oscuridad límpida.
Cada vez que aparezcan estrellas.

IV

Cada vez que estoy contigo,
mis ojos acarician
el turbante de ébano
que rodea tus facciones bellas.

Porque mi sentimiento extraño,
al girar continuamente,
no puede encontrar un punto
para detenerse.

La sencillez del tic-tac de tu alma
está formando guardia doble
con las campanas solemnes de mi alma.

Pero te amo.
Porque te he encontrado.

V

Mañana se va tu alma,
tu alma bella,
se va en tren,
con pitos,
con maletas,
con jefes de estación,
con caras expresivas de relojes.

Se va mañana,
tu alma bella,

Di al pito del tren
que me diga “Adiós”.

Conservaré tu mirada
en mi recuerdo.

La guardaré, íntimamente,
es fuente de inspiración,
tu mirada.

Di al pito del tren,
que me diga “Adiós”.

VI

Un alfiler de sangre diseña mapas de dolor
sobre el cristal de mi pensamiento.
Los silbidos relampaguean con el humo ferroviario.
Gritos cuadrados, pritos pisados, trenes arrolladores,
elefantes, suspiros azules. Vértices de montañas
luminosas.
Túnel hondo; fuego negro.
Rutas sin postes, postes devorados por asnos.
Tren amarillo.
Armazones de acero clavadas en mi pecho,
y mampostería tirititando dentro de mi cuerpo.
Pequeño alarido de personas muertas,
incienso amarillo, tren nebuloso.
Ruedas de cristal,
gotas de limpidez, ojos de agua.
Maquinista de piedra. Campanas.
Y mis dos brazos se vuelven campanas
arrancando pedazos de lengua.
Mis dientes roen rieles, pequeños ratones del yerbajo
suave.
Se va el tren. Varios niños de lata
sacan la cabeza cuadrada.
Y me hacen gestos. “Adiós”.

VII

El canto de los grillos está cabalgando
sobre la copa del árbol más distante.

Y marca líneas ondulantes como cortinas,
en el horizonte manchado.

Cada grito de grillo es una estrella lejana.
Cada árbol, cada cosa que se estremece,
es un pensamiento más, que no quiere quedarse,
porque se va para dormir con cada estrella.

Y en el bote, con los remos y con la amada
que no hay, la idea de los lagos
me hace bajar la mirada.
Húmeda.

Dos gotas se zambullen simultáneamente en el agua.
Y no hacen espirales.
Se pierden como si no hubieran existido jamás.

Me veo la cara mojada y me alejo hundiendo los
remos,
a la ribera nocturna,
distante.

Como el árbol donde cantan los grillos.

Oración a la mujer del “sweater” rojo

Para H. S. L.

Te pareces a mí mismo.
Tus ojos grandes y fijos en no se qué,
están sosteniendo como Soles
a estados de neurosis que tienen formas de Planetas.

Miras el espacio. El eterno infinito.
Lo que no existe.
Tus ojos grandes y fijos,
iluminan algo que hay entre tu cabeza
y el suelo.
Algo que encuentras en el más allá de lo que no hay.

Y tu mano horrorosa, que siempre tiene que quedarse
estática.
Porque esa cosa que miras,
con tus ojos grandes y fijos, no puede ser palpada con ninguna clase de dedos.

Quizá durante el tiempo que has estado contemplando,
tu brazo cubierto de lana roja se ha quedado paralizado.
Y por eso tu mano se ha enfriado,
y ha tomado la forma de un muerto.

Tu contemplación es muy grande.
No puede darte criterio
para ocultar al mundo tu mano.

¡Eres tan audaz, que ni siquiera has sacado
el anillo de esa mano de muerto!

Humberto Salas Linares

Sobre una flecha veloz
–estás tú, como una estrella,
que cada vez tiene más brillo.

Te pregunto:
“Llegarás o no llegarás
donde te está mandando
el Arco del Destino”.

Yo creo que vas a llegar.
Tanto creo, que –tú sabes–
me he detenido en mi camino
y soplo suavemente la flecha
veloz en que estás tú.

Has nacido y tu vida
no ha sido una parábola,
cuyo objetivo es la muerte.
No te ha disparado un cañón.
Sino el Arco del Destino.

¡Te veo cómo cruzas ante mis ojos,
de acuerdo con el Horizonte!

Pobre todo lo que te digo.

No puedo decirte más.

Discúlpame.

Para Arturo Borda

Soy un borracho.

Bebo pisco, cerveza, chicha.

Y mi amigo me dice que no beba,
pisco, cerveza, chicha.

Dios bebe y se emborracha
cada vez que produce belleza.

Dios se emborracha
contemplando el carroussel
tremendo de los planetas.

Bebe órbitas, constelaciones,
sistemas de estrellas,
y se emborracha.

Y soy yo tan pequeño,
ante Dios,
que mis órbitas,
mis constelaciones,
mis sistemas de estrellas,
son copas de pisco,
botellas de cerveza,
jarras de chicha.

Carta que le escribo a la indiecita que está en uno de los cuadros de mi dormitorio

Indiecita bailarina. Con miles de colores alegres y tristes, como tu baile. Indiecita bonita, tu talle frágil de Luz que se cierne en colinas, está sobre la pollera oscura. Levantada al viento que sopla. Trayendo aires altiplánicos: Huaiños.

Te quiero porque has nacido en el Altiplano. Te pareces a las kenas. Y a los atardeceres de tus lagos. Tu alma, que es triste porque amó demasiado a la luna, se tiñe de rojo, de azul y de amarillo para alegrarse. Y por eso bailas.

¿Sabes? El Huaiño es mitad triste y mitad alegre. Significa tu alma y tu vestimenta.

Cualquiera que te vea diría que eres alegre. Pero yo sé que eres triste. Por eso te escribo. Y te digo: No bailes.

Recuerda que ahí, cerca de ti, hay centinelas: Cactus. Te están mirando enojados, porque al bailar, el viento observa demasiado tus carnes cafés. ¡Tan sensuales!

Indiecita bonita, dame el brazo. Amárrame con tu lazo, y llévame arriba, a esa montaña que yo no conozco. Y después, desamárrame para que yo sólo, vea tu baile.

Y entrégate a mí sobre la montaña.

No puedo escribirte más. Son muy grandes tu luz, tus colinas y tu lago.

René Bascopé

1951-1984



Dueño de un impulso que no advertía límites, René Bascopé dominó la podredumbre de una manera creadora y, sobre todo, vital. En él lo destructor se ha transformado en creación; su palabra, que adquirió centro en lo infecundo, logró disolver las fronteras entre lo putrefacto y lo activo de la existencia –¿qué cuerpo puede escapar del tiempo? y ya para lo artístico ¿qué cuerpos nos pueden mostrar el tiempo que los ha recorrido?

Ahora tenemos el orgullo de presentarles un texto inédito de René Bascopé, *Para una ciudad y sus cementerios*. Este relato prolonga, y nos confirma, esas coordenadas de sus anteriores textos que entran a profanar las regiones ocultas de la ciudad, logrando así una crítica sin compasión a una sociedad reservada y débil. Su afilada mirada hizo

evidente al lujo burgués como el temeroso ocultamiento de la realidad, y a los suelos marginados de la ciudad como el espacio donde, sin ocultamientos o artificios, se halla el profundo rostro de nuestra realidad.

Él mismo nos dice que se sumerge para defenderse de aquella «insalvable frivolidad» de la juventud que gusta disfrazarse de Travoltas y Olivias, hacia el fondo de la miseria de la ciudad, donde logra ver en la profundidad del cementerio un amontonamiento de niños muertos que conforman una especie de basural en el panteón. Y aunque en lo oculto de la ciudad existe lo atroz de la vida y del hombre, está también presente la fundación de una nueva palabra, la posibilidad de la creación artística. Quizá por eso aquella imagen creada de la tumba infecunda ha producido una de las escrituras más vitales y percederas en nuestra literatura, la obra de la que no se advierten los bordes, y que produce incertidumbre por ese secreto vaivén de fundir los contrarios, de hacer creador lo infecundo.

Incluimos también uno de los *Tres cuadros de alquimia siglo XX* y un dibujo y poema dedicado al eminente cerro de Llojeta, que con el tiempo a creado su propia bruma.

Quedamos enormemente agradecidos con Gabriela Bascopé por habernos entregado este texto inédito de su padre, gracias por su confianza y su amistad.

G. P.

Para una ciudad y sus cementerios

Mirar a La Paz desde esa altura donde Isico intuyó una putrefacción reflejada en las calaminas, es permitir que una vaga y absurda tristeza lo invada a uno. Más todavía cuando anochece y ha escampado. Esta ciudad que le da las espaldas a su cielo azul y sustancialmente infecundo se sumerge en sus inmensos y mágicos suburbios para defenderse de la agresividad corrosiva del hormigón armado y del neón, como un prometeo hundiendo la roca a la que fue encadenado.

Caminar por La Portada y perderse en sus vericuetos, descubrir que uno puede superar al Minotauro saliendo de ese laberinto de adobe guiado por el viento. Penetrar al Tejar o a Munaypata, sentir su aire de lavanderas, confundir el aliento con el vaho de sus artilleros que duermen, extravagantes, con los pies en los ríos de lavaza; tropezar con las bolas y las llijllas con que juegan los niños embutidos en guardapolvos sucios con reminiscencias de azul de lavandina; escuchar sus palabrotas desprovistas de sentido, como si al ser pronunciadas por ellos se desvistieran.

Y si ha llovido mucho, recorrer las calles de Villa Victoria, sentir en la absoluta oscuridad la luz de los jadoqueros y de las silpancheras, resbalar en el mar de barro de las calzadas. Villa Victoria está invadida de fantasmas de obreros muertos que beben quemapecho y nostalgia en las cantinas siempre atendidas por una mestiza malhumorada. Los colectivos y micros bajan lentamente al centro, como dando tiempo a las moscas adormecidas de los charcos, permitiendo que una pareja de borrachitos –él cantando y ella llorando– suban dificultosamente y pidan boleto hasta la Villa Fátima.

Eso sí, solamente pasar por el cementerio y entrever, más allá de los mausoleos exteriores (mármol y bronce y apellidos con pedigrée), la miseria de los muertos que se revuelcan en nichos derruidos, y más al fondo, confundir con un cenital las centenas de tumbas de los que en vida fueron recién nacidos, como si el haber escapado del probable destino de ser comidos por los perros en los muladares del poético Choqueyapu les hiciera resignarse de ser basuras de panteón. Escuchar el tañido de una campana lejana, quizá inexistente.

Atravesar la calle Tumusla engañándose con la pedrería de los artesanos; contagiarse de la falsa alegría de los suerteros y de los revisteros de la Garita de Lima. Descifrar una canción monótona y rebelde que golpea la puerta de hierro de esa celda insondable, estatua de la libertad de los paceños.

Y el prado envuelto en una insalvable frivolidad, paseo preferido de toda clase de impostores. Una juventud disfrazada de Travolta (antes de Elvis, de Gardel, de Gable...) pisa los mosaicos estirando el cuello para besuquear a una juventud disfrazada de Olivia (antes de Libertad Lamarque, de Marlene Dietrich, siempre boquitas pintadas) que se menea fingiendo indiferencia. Y todos son felices aparentando y representando una comedia exquisitamente imbécil. Todos (y nadie) tienen cabida en esa pálida feria de las vanidades.

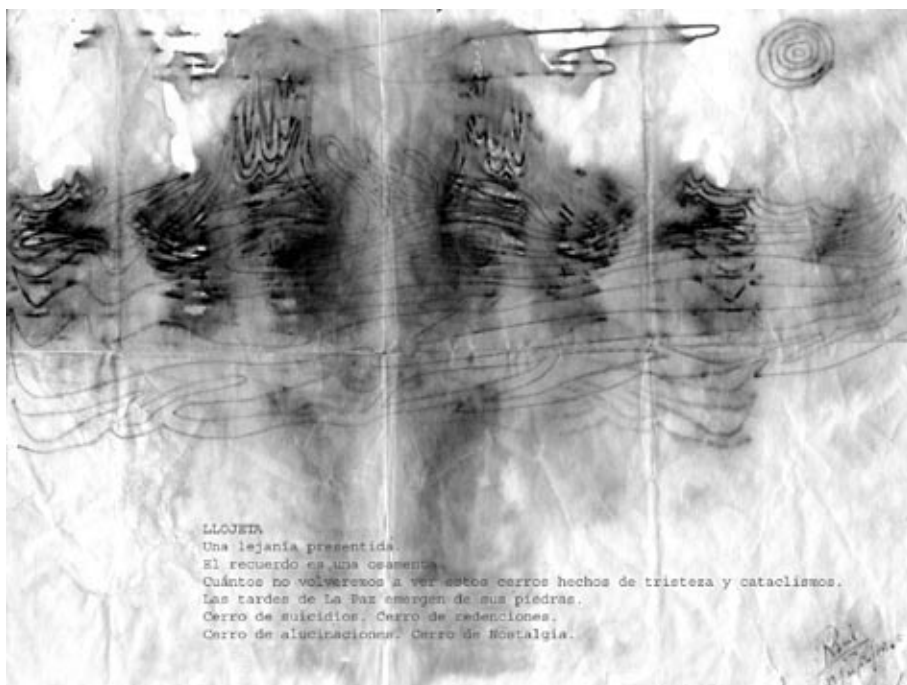
Estremecerse bajando la Avenida Arce con la visión del Ministerio del Interior (San Román, Sélich, Adett Zamora, Pereda, Loayza, Cadima, Mena: Sangre, dolor, muerte tras esos nombres). Mirar Llojeta y pensar en esa soledad y en la tarde que enrojece y en los suicidios de adolescentes embarazadas.

La Paz subyace en las contradicciones de sus hombres, agoniza arrodillada más allá de los líricos y sus instituciones. Sus primeras y últimas luces se encienden y es inevitable que una absurda y vaga tristeza lo invada a uno, más aún cuando ha escampado.

Tres cuadros de alquimia siglo XX

El escritor

Era escritor (aunque jamás había escrito una línea) y entre sus privilegios se podía contar la posesión de un perro mudo. Una tarde en que elucubraba su último cuento escuchó un ladrido debajo de su cama. Maravillado lo buscó, pero al no encontrarlo supuso que el ladrido era producto de su imaginación. Continuó construyendo su último cuento, pero escuchó nuevamente el ladrido. Otra vez lo buscó infructuosamente, porque el perro –que había pasado la vida queriendo ladrar– en un formidable intento se convirtió en ladrido puro, en esencia de ladrido. De esto se dio cuenta el escritor, porque era terriblemente inteligente, y dijo “¡Eureka! He ahí un gran tema”. Pero de pronto sintió que el único ser junto al cual podría escribir algo, era su perro. Entonces se sentó a terminar la estructura de su último cuento.



Fernando Medina Ferrada

1924

Nos complace publicar una pequeña parte de *Rastros*¹, de Fernando Medina Ferrada, una novela llena de cortes y sobresaltos, que nos cuenta las andanzas de Francisco (el Perro) y sus locuaces amigos, una novela que cultiva en los diálogos sus mejores sabores.

Es, una lúcida y lúdica conversación en la cual el interlocutor no hay. En su lugar han anidado unos puntos suspensivos... Así, lo que abunda es el intenso sentido de las actitudes, decisiones y constataciones que por obra de una vida soberana y gracias a ese interlocutor tan buen amigo, podemos palpar. La disciplina del escritor, el encierro necesario (“dueño para hacer o deshacer”), la miseria motora (“debiera haber un lugar donde tú des lo que tienes y que te den lo que no tienes...”), la urgente y tirana necesidad (“comer... es la parte que no me gusta... una imperfección peor que la muerte...”), la contingente contradicción del vivir (... no podré acudir a mi madre... ..nunca he sabido dosificar nada...).

Sorprendente fragmento que nos ayuda a comprender cómo fue surgiendo un modo de proceder, que es todo un modelo de los escritores bolivianos y fundamentalmente de los paceños “la noche... hora por hora hoja por hoja... palabra por palabra... mi libro... piedra sobre piedra... una pared dos paredes... una ciudad...”.

M. S. B.

¹ Rastros será publicada en breve por Plural editores.

Intermitencias

(el Orson)

...a esa hora empiezo a calcular miro la botella y calculo el tiempo eso es lo más importante... saber cómo tengo que beber para encontrar la corriente la apacible corriente... al fin saber con seguridad si seré conducido al cierre de cuanto pude estar rumiando... alternar trago con el trabajo al ritmo que me dicta el nivel de la botella... la simbiosis un poema o lo que sea... algo el lento silabeo o la explosión... descorchar una botella y saber si fui derrotado o vencí... toda una promesa... a veces ni media apenas un cuarto de botella y unos pocos cigarrillos... entonces sí estoy fregado... será una interferencia... soy un bebedor emocional... el control es un freno... la angustia... la noche por delante... una condena o el ascenso al júbilo... tengo mucho que ver con la noche o viceversa... en realidad desde que abro los ojos en la mañana o al atardecer... todo depende si tengo o no tengo una botella... cuando no puedo parecer un ciudadano cumplido cualquiera pensaría que un funcionario acudiendo a su oficina apresurado un vendedor ambulante que no puede colocar su mercancía... los amigos que trabajan los que no pero siempre tienen... misteriosamente... no importa... es un periplo que debo cumplir... una botella... o dos... tres o cuatro días sin salir... dueño para hacer o deshacer... un reto... la iluminación o el eclipse... la locura... sí, a veces la locura... si he caminado todo un día, en vano... a veces hasta he vendido mi ropa... toda menos mis zapatos y el abrigo... pero eso me avergonzará... no podré acudir a mi madre... el último recurso... ella lo sabe... que he caminado todo el día... si trabajo en la revista o en el diario me remuerde la conciencia... es algo pecaminoso... pierdo mi tiempo... los huevones quieren siempre algo genial... un artículo sesudo... se supone que eres inteligente te sientas a cañar y ya

está... me da tanta flojera... qué bueno dicen y es una cagada... me da vergüenza... debiera haber un lugar donde tú des lo que tienes y que te den lo que no tienes... claro lo que uno hace no se come... no es práctico... un día entero perdido cansado de babosear de hacerse el cojudo... comer comer, como si uno fuera un animal... creen que estoy muerto de hambre y lo que necesito es un trago una botella... comer... es la parte que no me gusta... una imperfección peor que la muerte... cagar... ver a una mujer todo un poema... hasta la palabra es indigna... cagar... defecar... la putrefacción ambulante... la muerte ambulante... desde que se nace... Bach... Beethoven... somos un gigantesco conglomerado de cagones... no obstante eso es lo admirable... a pesar de todo... una mujer no debiera... aunque uno a veces hasta se extasía en sus olores... los que deja en tus sábanas, en la almohada... Helga horrorizada cuando no pude arrastrarme hasta el baño y me hice en el bacín del niño en medio de la sala Chippendale ante los retratos de sus antepasados le pedí un papel para limpiarme y me vio... ella creía que los poetas no lo hacían... tan romántico... eso y las borracheras... puedo dormir cuarentiocho horas... la muerte chiquita... ahí terminó todo... nunca debí hacerlo... casarme digo... uno tiene mucho que hacer para estarse ocupando también de ellas... convivir... si a veces no me soporto a mí mismo... las famosas responsabilidades... quien más responsable que uno... me pregunto si alguno de esos pelafustanes sacrificaría un plato de comida... cualquier cosa... por su trabajo... responsabilidades... se supone que el hombre debe cumplir como Dios manda... ella cumplía... ganaba lo suyo... pero el casamiento... no podía escribir... mi obsesión era cumplir mis responsabilidades... en el empleo no hacía nada... lo importante era que me vieran sentado en el escritorio... parece que eso los tranquilizaba... no sé en qué forma... me tenían ahí... no me dejaban tranquilo... un mono en el zoológico... me babeaban todo el tiempo... me daba lástima... hubiera querido dar brincos... treparme por las paredes... algunas veces tenía que asistir... esas reuniones... sentado al lado del amo como un perrito... anotar anotar todas las zonceras que decían... era la locura... tenía que esforzarme pensar en todo momento que afuera en la plaza la gente caminaba que habían autos árboles habían pájaros... lo que allí adentro estaba sucediendo no era de este mundo... jugaban a tomar en serio su farsa... falsos yatiris... por eso Kafka... como esos generales que ganaban batallas frente a un mapa... nunca he sabido dosificar nada... sin embargo cuando despierto y aunque no la vea sé que está ahí velando dispuesta... las horas se me ofrecen como una hermosa extensión... una pradera misteriosa llena de sorpresas... cuculis escondidos... cosas que van apareciendo... un poema es una cosa que se hace... un cafecito... mi cafetera de plata alemana... el primer trago... todo un monarca... todo está en su lugar...

es la seguridad del orden que rige el universo... nunca dejé este cuartito...es lejos... hay que pensarlo dos veces... cuando Helga me puso de patitas en la calle qué hubiera sido si... no volví a pisar la oficina... es bueno que piensen que uno es loco... la noche... hora por hora hoja por hoja... palabra por palabra... mi libro... piedra sobre piedra... una pared dos paredes... una ciudad... años de años invertidos en reconstruirla... casa por casa calle por calle... a veces salgo a buscar una y ya no está... nadie sabe... qué chistoso... ¿no?... algún día esa ciudad existirá sólo en el libro... nadie creerá... mi libro durará más que la ciudad... no es fácil... lleva tiempo... cómo si no... sus cimientos serán mi tumba... mientras qué importa... asúmome señor... sí... mi lucidez... la nuestra... no le quito nada a nadie... no pido nada que los demás no puedan dar... yo bebo... el equilibrio recuperado... organiza mi cuerpo mi mente un conjunto armónico... elabora sus propios elementos nutrientes... una autonomía que domino que está en mis manos... hasta caer agotado... el triunfo... lo inconcluso... la promesa que representa... un privilegio del que se dispone hasta el día de la muerte... si resucitas tendrás que continuar... nada concluye... mis discos mis libros... más reales que eso que hay afuera... la única verdad en este país de mentira... si hablas de Bolivia nadie sabe nadie cree...tampoco existimos nosotros... si alguna vez se viaja al extranjero descubre que uno sí existe pero vuelve y desaparece... es como entrar en otra dimensión... el Perro el Chucuta el Loco el Tembleque... ilusiones... lo que hacemos nos lo comemos nosotros mismos... así nos creemos vivos... queda media botella... y singani hermanito... tomamos otro trago ¿quieres?